

---

Alejandra Castillo

*Nudos Feministas. Política, filosofía y democracia*

(Palinodia, Santiago, 2011)

---

Por Cristian Cabello

***Género, mujer y Camila Vallejos***

“¿Qué intentamos decir cuando ese ser humano es mujer? [...] ¿Qué intentamos decir cuando hablamos de los ‘derechos humanos de la mujer?’”,<sup>1</sup> dos preguntas fundamentales para comprender la escritura de *Nudos Feministas* de Alejandra Castillo que desgarrar y releva la condición “paradójica del ser mujer”. Poner en duda lo humano de la mujer es un acto hereje en una latinoamérica donde el *peso de la realidad*<sup>2</sup> nos hace pensarnos como dependientes de los beneficios y promesas de una democracia, de la ciudadanía, de la humanidad universal que aún no llega y que nos borrará esa marca que funciona como una huella de nuestra precarización. Pensar a las mujeres *sin* humanidad es un gesto provocativo que nos hace imaginar,

no a las mujeres como víctimas de un sistema, ni como huérfanas, sino como cuerpos *más allá* de la normalidad de lo humano, como figuraciones monstruosas; ya no esos cuerpos afectivos ni sensibles sino más bien sujetas arrancadas de lo espiritual y metafísico.

“Las mujeres, podría decirse, se vinculan a lo político fallidamente. Vínculo fallido en cuanto son el índice de un desorden: el desorden de ser iguales pero estar excluidas de la política”.<sup>3</sup> Este vínculo fallido de mujer y política que declara y en el cual insiste Castillo, refleja su necesaria y urgente reflexión ante episodios que continúan naturalizando el signo mujer, despotizándolo como gesto de lo feminista. A modo de ejemplo y provocación de este discurso humani-

tario que regula las representaciones de la mujer está la singular demanda que presentaron académicos del Instituto de Comunicación de la Universidad de Chile (ICEI) al Colegio de Periodistas. Los profesionales de la comunicación realizaron un acto de defensa, enjuiciamiento y reordenamiento de una representación mediática de la dirigente estudiantil Camila Vallejos en la portada del diario *Las Últimas Noticias* que tituló: “Camila Vallejos no quiso mover la colita” (en contraria oposición al *desorden* que definiría lo feminista en su representación según Castillo). Pero no es tan sólo la línea editorial la que abre la representación de la mujer en política sino también es la misma voz público-social, la “voz del pueblo”, como lo reafirma el título de la nota al interior del diario: “Pese al clamor popular, Camila Vallejos no quiso mover la colita”, lo que impide inmediatamente restringir la discusión a la responsabilidad de los medios de prensa de derecha.<sup>4</sup>

Denunciando y acusando tratos “denigratorios” y discriminación de género en contra de la dirigente estudiantil, se trató de un intento de ordenación lógica de un cuerpo con marcas de género

dañadas y que buscan ser curadas por un discurso realista de la comunicación, donde esa representación paródica se toma sin pliegues como si fuera lo humano, o incluso más humano que lo humano cotidiano debido a su condición de visibilidad y *presentismo* de un cuerpo, nada parece más urgente que una política de la presencia, la restitución del cuerpo de la mujer. Una lógica propia de un “política de la presencia” que Castillo cuestiona porque “confían en la certeza de un cuerpo, en la marca definitoria del cuerpo femenino que es incorporado [...] bajo la forma de la maternidad y el cuidado”.<sup>5</sup>

Se supone que existe un modo correcto de la representación de las mujeres en política, un discurso con “conciencia de género” que busca restituir un orden natural del signo mujer. Para estos defensores y protectores de la mujer en la comunicación, no es ético ni verosímil exhibir lo *sexuado* de la mujer en la política, porque el derecho a constituirse como “mujer” supone una sexualidad organizada y además neutralizada. No es políticamente correcto destacar eso impolítico (la sexualidad, lo privado) que estaría ubicado en los contornos

negados de la política.<sup>6</sup> Lo que ofende a la moral humanista está en el aparente retroceso de un signo mujer que paradójicamente ya no es de su “género” que desborda lo neutral sexual de la política. Se reitera la construcción de una mujer siempre como víctima que requiere de la ayuda y el auxilio de la discursividad de lo humano.

Pero más que fijarse en el objeto de esta representación, un signo de la mujer en política que debe ser móvil y abierto a disputas, es urgente cuestionar la discursividad política que construye a las mujeres en el espacio público. Lo que articula este tipo de demandas en torno a un género vulnerado es unificar la posición del “a favor” de la mujer neutralizando la *polemicidad* de la política, mientras que a la vez se construye un “en contra” ubicado en instituciones y poderes externos y hegemónicos en un afuera, algo así como un patriarcado eterno y distante. Estos discursos de comprensión restringida del feminismo no hacen sino limitar la política a una mecanicidad de posiciones, a un mero antagonismo. Se piensa a la mujer como oprimida en estas tecnologías de la información, como una conciencia

de mujer vulnerada, una conciencia que ya Donna Haraway cuestionó al preguntarse si acaso existía algo así como una “conciencia de las mujeres”, algo así como una episteme y una memoria militarizada netamente de lo femenino, imposible de confundirse y aislada de contaminaciones, donde todas las mujeres tienen claridad sobre sus conciencias afirmativas y exitosas, acaso “¿las representaciones de la dominación son imágenes continuas en la cabeza de aquellos que están sometidos?”, se pregunta Geneviève Fraisse, poniendo en duda esta conciencia de las dominadas, para responder que “Lo que está en juego en la disputa no es, en absoluto, la discusión de la existencia de la dominación masculina. El objetivo es explicitar el mecanismo del consentimiento”,<sup>8</sup> es decir, comprender el acto forzado, corporativo y poco polémico de decir “sí” a favor del signo mujer.

Lo que se defiende ya no es la humanidad de la dirigente estudiantil sino lo que se protege es a Vallejos como una marca política de la mujer, como una propiedad inscrita en la política de género humanitaria. Camila reproducida en chapitas, pantallas y poleras es una

mercancía, un valor en uso que debe ser cuidado por la política. Se debe proteger su carácter de *femenino* en la política. Es así que género, mujer y Camila Vallejos se convierten en sinónimos y dispositivos gestionados como una marca en el mercado, como puede ser “la patente y la marca registrada, así [mismo] como el estigma género y raza [...] significan procesos reproducidos asimétrica y regularmente, que dan a algunos seres humanos derechos sobre otros que no los tienen por sí mismos”.<sup>9</sup> El género, por un lado, como una marca protegida, como una posibilidad de estatus y, por otra parte, las mujeres representadas en política siempre necesitando del auxilio humanitario de otros en el poder, de otros más humanos, de otros que luchan por las mujeres en la política debido a que el género siempre exigirá de auxilio. Es así, de manera atrevida, que podríamos declarar que el género posibilita la dominación de las mujeres en tanto permite que otros —distintos a su género— luchan por ellas, por el “género”. Los periodistas son quienes en una *performance* heroica buscan reestablecer y legitimar sin querer un poder que no tendrían las mujeres en la polí-

tica. También se trataría de una gestión de imagen donde las mujeres del género quedan atrapadas en un incesante trabajo de estrategia defensiva.

Hoy la marca de género es un *plus* en la política, es lo que Castillo confirma como política del *más*, una acción afirmativa o sumativa de las mujeres donde “más garantías, más derechos, más participación, más reconocimiento se traduce en mayor igualdad”<sup>10</sup> (Castillo, 2011:13), más cuerpos, más conciencias de mujeres, más objetos con marcas de género se comprenden como una narración futurista idealizada por este feminismo del más (que aún no reconoce su condición de *hiper*) donde el valor de los cuerpos de mujeres y sus naturalezas toman un valor ético, político y económico que provoca un efecto de una “mejor” sociedad. Una sociedad con *más* género pero sin cuestionamiento donde suponemos que la integración de mujeres en política (y agregó quizás a *gays*) hace de por sí —y esto es lo que no se pone en duda— un *bien* a la sociedad. No digo que las mujeres no deban ingresar, sino que por qué la política no cuestiona este cuerpo, ni el *qué* ni el *dónde* estaría ubicado lo “bueno” y “me-

jor” de estos cuerpos, si no es para construir ese ideal de ciudadanía diferenciada y democrática, como se la imaginan autoras como Chantal Mouffe. ¿Dónde está ubicado el *valor*, esa plusvalía, de la mujer que me hace comprar ese signo en una bebida generizada y devenir trans-económicamente-feminista? El valor económico y después político del género, del signo mujer (que en la publicidad está cada vez más delimitando la marca género igual mujer, a una diferencia con lo masculino en la superficie de sus productos), está quizás en esa promesa de humanidad que suponemos la define y limita como cuerpo-imagen-objeto, lo relevante para nuestra economía y sintaxis democrática universal del signo mujer está en significar algo “más” que lo meramente humano, cotidiano o regular de la política y lo social. Y ese algo “más” es donde Castillo ubica la provocativa afirmación de una (*in*) *humanidad de las mujeres*, en tanto se señala una fisura a este canon universal humanitarista que intenta traducir a las mujeres y en esa traducción y creación de lengua producir una sujeción. En una era del chip, el ciberespacio, las enfermedades post-sida, la contaminación

y la hiper-mediatización donde se conforma un marco excesivo e inmaterial de información y tecnologías que nos desorientan de los ejes estructurales del sujeto, donde no hay un cuerpo original o primigenio que explique nuestras catástrofes, no cabe ya responder *dónde* ni *qué* es aquello que da valor a ese género en nuestra política o economía, sino declarar que ese valor es más un exceso, un *desborde* que declara y es testimonio del “desencuentro entre las mujeres y la idea de lo “humano”.<sup>11</sup>

Me propuse hacer un ejercicio de lectura y leer la radicalidad política post-feminista que recorre las fronteras de *Nudos Feministas* de Alejandra Castillo, lo pienso como un texto que re-cuestiona post-Concertación los cánones comunes y naturalizados de la política de mujeres, un gesto incorrecto que hace permanente lo extático/extravagante de la mujer en la política, un texto que hace suyo “la paradoja del ser mujer” en la política.

---

#### Notas

<sup>1</sup> Alejandra Castillo. *Nudos Feministas. Política, filosofía y democracia*. Editorial Palinodia, Santiago, 2011, pág.51.

- <sup>2</sup> “¿Cómo pensar una ciencia ficción feminista que nombre nuevos modos y prácticas sexuales no-clausuradas, que resignifica los signos y territorios (des)naturalizados de los cuerpos desde las localidades sub-desarrolladas del Sur donde el *peso de la realidad* predomina aún con prepotencia las prácticas políticas?”. La frase destacada estuvo enmarcada en la presentación del panel del Tercer Circuito de Disidencia Sexual “No hay respeto”, organizado por la CUDS, titulado “Feminismosaturado: narrativas ficcionales y tecnologías de género”, realizado en la Universidad ARCIS en julio 2011.
- <sup>3</sup> Alejandra Castillo. *op. cit.*, pág. 44.
- <sup>4</sup> La resolución del Tribunal de Ética del Consejo Metropolitano del Colegio de Periodistas de Chile condenó la portada del diario —cito al tribunal ético— y argumentan: “*que las discriminaciones y tratamientos peyorativos por motivo de género u opción sexual constituyen atropellos a derechos de las personas y atentan contra el pluralismo y la diversidad*”. Revisar el caso titulado “Uso de imagen de Camila Vallejo, presidente de la FECH en portada del diario *Las Últimas Noticias*” presentado por el periodista Gustavo González el 18 de octubre de 2011.
- <sup>5</sup> Alejandra Castillo. *op. cit.*, pág. 13.
- <sup>6</sup> Revisar Roberto Esposito. *Categorías de lo impolítico*. Editorial Katz, Buenos Aires, 2006.
- <sup>7</sup> “La ‘experiencia’, al igual que la ‘conciencia’, es una construcción intencional, un artefacto de primer orden. La conciencia puede ser también reconstruida, recordada, rearticulada. Una manera de hacerlo es la lectura y la re-lectura de la ficción” En Donna Haraway. *Ciencia, cyborgs y mujeres*. Ediciones Cátedra, 1991, pág. 190.
- <sup>8</sup> Geneviève Fraisse, *Del consentimiento*. Editorial Palinodia, Santiago, 2011.
- <sup>9</sup> Donna Haraway. *Testigo Modesto@Segundo\_Milenio.HombreHembra©\_Conoce\_Oncorrotón: Feminismo y tecnociencia*. Editorial UOC, Colección Nuevas Tecnologías y Sociedad, Barcelona, pág.24.
- <sup>10</sup> Alejandra Castillo. *op. cit.*, pág. 13.
- <sup>11</sup> *Ibíd*, pág. 49.